

más son nuestras ideas! Nada puede imaginarse tan ridículo ni tan incapaz de razón y sociedad como todos esos seres. El concierto y la causa interna de nuestro mundo, serían casi siempre cosa peregrina y singular para todos ellos

Mayormente, ¿cuántas cosas conocemos que se hallan en contradicción con las reglas que á la naturaleza hemos prescrito? ¡Y, sin embargo, pretendemos juzgar los límites del poder de Dios mismo! ¿Cuántas cosas son para nosotros milagrosas y contra el orden natural? Cada hombre y cada pueblo lo juzga todo conforme á la medida de su ignorancia. ¡Cuántas propiedades ocultas y raras encontramos en las cosas! Para nosotros seguir la marcha de la naturaleza no es más que seguir las huellas de nuestra inteligencia, en tanto que puede seguirlas, y lo más que nuestra vista alcanza. Todo lo que está más allá considerámoslo como monstruoso é irregular. Según lo cual, aquellos que sean más hábiles y avisados, hallaránlo todo disparatado, pues á éstos persuadió la humana razón de que no existe fundamento alguno para afirmar nada, ni siquiera que la nieve es blanca: Anaxágoras decía que era negra; de si existe algo en el universo ó no existe nada; si hay ciencias ó sólo ignorancia; todo lo cual Metrodoro Chio negaba que el hombre pudiera afirmarlo. Eurípides dudaba que viviéramos, « si la vida que vivimos es vida, ó si lo que llamamos muerte es realmente la vida »:

Τίς δ' οἶδεν εἰ ζῆν τοῦτο, ὃ κέληται θανεῖν,
Τὸ ζῆν δὲ, θησκαῖεν ἔστι;

y no sin razón, porque llamamos existir á este instante que no es más que un relámpago dentro del curso infinito de una noche eterna, y una interrupción brevísima de nuestra natural y perpetua condición, puesto que la muerte llena todo lo que antecede, y sigue á aquel momento, y todavía una buena parte del mismo. Otros afirman que no hay movimiento, que nada se agita; tal opinaban los discípulos de Meliso, en atención á que si no hay más que Uno, ni este movimiento esférico puede incumbirle, ni tampoco el de un lugar á otro, como Platón sostiene, asegurando que en la naturaleza no hay generación ni corrupción. Protágoras dice que nada hay en aquélla si no es la duda; que acerca de todo puede cuestionarse y hasta de este mismo principio, es decir, si realmente puede cuestionarse de todas las cosas. Pusiñanes entiende que los objetos aparentes son inciertos, y que nada hay más seguro que la duda y la incertidumbre. Parménides cree que de lo aparente en general no hay nada que tenga fundamento, que no hay más que Uno; Zenón que ni siquiera ese Uno existe, y que no existe nada, porque si el Uno fuera, tendría que estar en otro ó en si mismo; si está en otro, ya son dos

y si está en si mismo son también dos, el continente y el contenido. Según estos dogmas, la naturaleza de las cosas es sólo una sombra falsa y vana.

Siempre consideré que esta manera de hablar es indiscreta é irreverente en boca de un cristiano: « Dios no puede morir; Dios no puede contradecirse; Dios no puede hacer esto ó aquello.» Me parece reprochable el encerrar así los límites del poder divino bajo las leyes de nuestra palabra; las ideas que para nuestra mente representan tales proposiciones, debieran por lo menos representarse de un modo más reverente y religioso.

Nuestro hablar adolece de debilidades y defectos, como todo lo que constituye la naturaleza humana. La mayor parte de los desórdenes del mundo son puramente gramaticales; nuestros procesos no nacen sino de los debates que acarrea la interpretación de las leyes; y la mayor parte de las guerras, de que somos incapaces de formular claramente los convenios y tratados de los príncipes. ¡Cuántas contiendas y querellas sanguinarias produjo el no conocer á ciencia cierta el sentido de la sílaba *Hoc*! Tomemos la cláusula que la lógica presenta como la más clara; si afirmamos que «hace buen tiempo» y decimos verdad, será que haga sin duda buen tiempo. ¿No es una manera clara de expresarse? Pues, sin embargo, nos inducirá á error, como puede verse por el ejemplo siguiente: si decís «Yo miento» y sois verídicos, mentís realmente. El arte, la razón y la conclusión de la segunda proposición son semejantes á los de la primera, y, sin embargo, las dos nos presentan obstáculos. Los filósofos pirronianos no pueden explicar sus concepciones con ningún lenguaje; para ello habrían menester de uno nuevo, pues el nuestro se compone de proposiciones afirmativas, las cuales van contra la esencia misma de sus doctrinas; de tal suerte, que cuando dicen «Yo dudo», incurren ya en contradicción, pues afirman que saben que dudan. Así que, tuvieron necesidad de guarecerse en la siguiente comparación con la medicina, sin la cual la tendencia de la secta de que hablo sería inexplicable. Cuando dicen «Yo ignoro», ó «Yo dudo», añaden que ambas proposiciones desaparecen por sí mismas, junto con todo lo demás, á la manera que él ruibarbo empuja hacia fuera los malos humores, y él mismo sale al propio tiempo. Tal estado de espíritu enunciase interrogativamente de una manera más segura, diciendo: ¿Qué se yo? que es mi acostumbrada divisa.

Ved cuál los hombres se prevalen hablando de Dios irreverentemente. En las controversias actuales que tienen por asunto nuestra religión, por poco que cerquéis á vues-

1. Montaigne alude aquí á las controversias sobre la transubstanciación mantenidas entre católicos y protestantes. (A. D.)

tro adversario os dirá sin ambaje alguno « que no reside en poder de Dios el hacer que su cuerpo esté en la tierra, y en el paraíso y en varios lugares á la vez ». Plinio, expresándose también irreverentemente, decía que al menos constituye un consuelo grande para la pequeñez del hombre el considerar que Dios no lo puede todo; pues no es dueño, decía, de quitarse la vida aunque lo quisiera, lo cual constituye la mayor ventaja que en nuestra condición reside; no puede convertir á los mortales en inmortales, ni resucitar á los muertos, ni que el que vivió no haya vivido, ni hacer que el que disfrutó de honores no los haya disfrutado; no teniendo otro poder si no es el olvido sobre las cosas que fueron. Y para sentar hasta ejemplos risibles en las relaciones del hombre con su Criador, concluye diciendo que Dios no puede impedir que dos veces diez no sean veinte. Los labios de un cristiano no deben proferir jamás semejantes términos. Y parece que los hombres se sirven de lenguaje tan altivo y loco para igualarse al Hacedor Supremo:

Gras vel atra
Nube polum Pater occupato,
Vel sole puro; non tamen irritum,
Quodcumque retro est, efficiet, neque
Diffinget, infectumque reddet,
Quod fugiens semel hora vexit ¹.

Quando declaramos que la infinidad de los siglos pasados y los que están por venir no son para Dios sino un instante; que su bondad, sapiencia y poderío son idénticos á la esencia divina, nuestras palabras lo dicen, más nuestro entendimiento no comprende ni alcanza lo que expresan nuestras palabras. Y sin embargo, la temeraria presunción del hombre quiere hacer pasar á Dios por el tamiz de su entendimiento, por donde se engendran todas las soñaciones y todos los errores de que el mundo se ve lleno, por querer aquilatar en su balanza cosa tan distante de la pequeñez terrenal ². *Mirum, quo procedat improbitas cordis humani parvulo aliquo invitata successu* ³. ¡Con cuánto desdén reprenden los estoicos á Epicuro, el cual juzgaba que la esencia de la dicha pertenecía sólo á Dios, y que el sabio no participa de aquélla sino como de una sombra remotísima! ¡Y cuán temerariamente unieron el destino de Dios al de los hombres! Yo creo que algunos que se llaman cristianos incurren todavía en la misma imprudencia. Tales, Platón y Pitágoras lo rebajaron á la necesidad. Esta altivez de pre-

1. Dios podrá cubrir el cielo con oscuras nubes ó iluminarlo con un sol radiante; mas no podrá destruir ni alterar lo pasado, ni devolvernos lo que el tiempo fugaz nos arrebató. HORACIO, *Od.*, III, 29, 43.

2. Montaigne contradice en este pasaje al autor á quien interpreta y defiende.

3. Admira ver hasta dónde llega la arrogancia del corazón humano en cuanto se siente estimulada por el más pequeño éxito. PLINIO, *Nat. Hist.*, II, 23.

tender descubrir á Dios con nuestros ojos mortales, fué causa de que un hombre insigne diera á la divinidad forma corporal, y lo es también de que á diario atribuyamos á Dios los acontecimientos importantes de nuestra vida. Como á nosotros nos producen mella, creemos que han de producirla también á Dios, quien á nuestro modo de ver considera con mirada más atenta que los sucesos insignificantes de nuestra existencia ordinaria los que nos son trascendentales: *magna dii curant, parva negligunt* ¹; oíd su ejemplo, él os iluminará con las luces de su razón: *nec in regnis quidem reges omnia minima curant* ². ¡Como si para el Criador no fuera lo mismo conmover los cimientos de un imperio que estremecer la hoja de un árbol! ¡Como si su providencia no se ejerciera lo mismo en el desenlace de una batalla que en el salto de una pulga! La mano del Hacedor gobierna todas las cosas de igual modo, con la misma fuerza, con idéntico orden; nuestro interés para nada influye en sus designios, las medidas que tomamos no le importan ni para nada influyen en sus actos: *Deus ita artifex magnus in magnis, ut minor, non sit in parvis* ³. Nuestro orgullo hace que nos equiparemos á Dios, lo cual es la mayor de las blasfemias. Porque nuestras ocupaciones son para nosotros pesada carga, Estrabón dispuso á los dioses de todo deber, como hacen sus sacerdotes; hace producir y conservar á la naturaleza todas las cosas, se explica así la formación del mundo y descarga al hombre del temor de los juicios divinos; *quod beatum æternumque sit, id nec habere negotii quidquam, nec exhibere alteri* ⁴. Quiere la naturaleza que entre las cosas análogas exista relación semejante; así pues, del número infinito de mortales infiere que hay igual número de inmortales. Las cosas infinitas que perjudican y matan, presuponen igual número que aprovechan y conservan. Como las almas de los dioses, sin lengua, ojos ni oídos, se entienden entre sí y juzgan de nuestros pensamientos, así las almas de los hombres, cuando se encuentran libres, desprendidas del cuerpo por el sueño ó por algún encantamiento, adivinan, pronostican y ven las cosas que serían incapaces de ver unidas al cuerpo. Los hombres, dice san Pablo, convirtéronse en locos, en fuerza de querer ser cuerdos, y cambiaron la incorruptible gloria de Dios en la imagen corruptible del hombre. Considerad, siquiera sea ligeramente, las extravagantes y aparatosas deificaciones de los anti-

1. Los dioses se cuidan de las cosas grandes y desdennan las pequeñas. CICERÓN, *de Nat. deor.*, II, 66.

2. Los reyes mismos tampoco reparan en los detalles nimios de la administración. CICERÓN, *ibid.*, III, 33.

3. Dios, que es magno artífice en las grandes cosas, no lo es menos en las pequeñas. SAN AGUSTÍN, *de Civit. Dei*, XI, 22.

4. Un ser dichoso y eterno carece de pesares y tampoco á nadie se lo procura. CICERÓN, *de Nat. deor.*, I, 17.

guos: luego de celebrar con soberbia pompa la ceremonia de los funerales, cuando el fuego prendía en lo alto de la pirámide y llegaba al lecho del difunto, dejaban escapar un águila, la cual, volando á las nubes, significaba que el alma del muerto se encaminaba al paraíso. Pueden verse mil medallas, señaladamente la que representa á la honrada Faustina¹, que muestran al águila llevando á cuestas hacia el cielo á las almas deificadas. Es lastimoso que nos engañemos así con nuestras propias imitaciones é invenciones;

Quod finxere, timent²:

como los muchachos, que se asustan de la misma cara que tiznaron y ennegrecieron á sus compañeros³: *quasi quidquam infelicitus sit homine, cui sua figmenta dominantur*⁴.

Hay diferencia grande entre honrar al que nos ha criado y rendir culto al que nosotros hemos hecho. Augusto tuvo más templos que Júpiter en los cuales se le veneró, y se creyó en sus milagros lo mismo que en los de Júpiter. En recompensa de los beneficios que de Agesilao recibieran, anunciaronle los tasiacos que le habían canonizado. «¿Vuestra nación, contestó aquél, tiene el poder de convertir en dios á quien le viene en ganas? Santificad primero, para ver cómo le va á uno de entre vosotros, y luego, cuando yo haya visto los efectos, agradeceré en el alma el don con que me brindáis.» La insensatez del hombre no reconoce límites, puesto que siendo incapaz de forjar el animal más microscópico fabrica dioses á docenas. Oíd encarecer á Trimegisto el humano poderío: «Entre las cosas admirables, dice, sobrepasa á todas las demás el que el hombre haya llegado á conocer y á crear la naturaleza divina.» He aquí algunos argumentos de la escuela misma de la filosofía:

Nosse cui divos et cœli numina soli
Aut soli nescire, datum⁵:

«Si Dios existe es un ser animado; si es animado tiene sentidos, y si tiene sentidos está sujeto á accidentes. Si carece de cuerpo, tampoco tiene alma, y por consiguiente es incapaz de acción; si tiene cuerpo es perecedero.» Y con esto héteme al hombre victorioso y triunfante. «Nosotros somos incapaces de haber hecho el mundo; por consiguiente existe alguna fuerza superior que en él ha puesto la mano. Sería una estúpida arrogancia el que nos considerásemos

1. Honrada, por antífrasis.

2. Temen sus propias invenciones. LUCANO, I, 486.

3. Pascal transcribió estas palabras en sus *Pensamientos*.

4. ¿Hay algún ser más desdichado que el hombre, que se deja esclavizar por sus propias ficciones?

5. Sólo al hombre es dado conocer á los dioses y númenes celestiales ó saber al menos que son incognoscibles. LUCANO, I, 482.

como los seres más perfectos de este universo; hay pues algo mejor que es Dios. Cuando contempláis una residencia pomposa y rica, aunque no sepáis á quién pertenece, no suponéis que haya sido expresamente construida para albergue de ratones; así pues, ese divino monumento colocado sobre nuestras cabezas, ese celestial palacio debemos considerarlo como la vivienda de algún morador, cuya grandeza es mucho mayor que la nuestra. ¿Lo más alto, no es siempre lo más digno? Por eso nosotros estamos colocados aquí abajo. Nada sin alma ni razón puede crear un ser animado capaz de esa facultad: el mundo nos produce, luego hay en él alma y razón. Cada una de las partes de nosotros mismos es menor que nuestro ser cabal; nosotros formamos parte del mundo, de donde se desprende que éste se halla dotado de sabiduría y razón en mayor dosis de lo que nosotros lo estamos. Es cosa hermosa tener un gobierno de extensión dilatada, por eso el del mundo pertenece á alguna naturaleza privilegiada. Los astros no nos dañan; son por consiguiente seres llenos de bondad. El hombre, lo mismo que los dioses, tiene necesidad de alimento, los segundos se nutren con los vapores de aquí bajo. Los bienes terrenales no pertenecen á Dios, ni á nosotros tampoco. Recibir ofensas é infringirlas muestran imperfección análoga; es por consiguiente insensato temer á Dios. Dios es bueno por naturaleza; el hombre, por industria, lo cual es más meritorio. La sabiduría divina y la humana se diferencian sólo en que aquella es eterna; y como la duración ninguna cualidad añade á la sabiduría, hétemos compañeros. Tenemos vida, razón y libertad, y noción de la bondad, de la caridad y de la justicia, atributos todos que le son propios.» En conclusión el deísmo y el ateísmo, todos estos argumentos en pro y en contra de la divinidad, los forja el hombre ayudado por la idea que de sí mismo se forma. ¿Qué patrón y qué modelo! Ampliemos, elevemos y abultemos cuanto nos plazca las cualidades humanas; infiate, pobre criatura, una, dos y mil veces:

Non, si te ruperis, inquit¹.

*Profecto non Deum, quem cogitare non possunt, sed semetipsos, pro illo cogitantes, non alium, sed se ipsos, non illi, sed sibi comparant*².

Puesto que en los fenómenos naturales los efectos no dejan ver las causas sino á medias, ¿con cuánta más razón en este punto serán vagas y oscuras? Esta sobrepasa el orden de la naturaleza; su condición es demasiado elevada,

1. No podrás aproximarte aunque revientes. HORACIO, *Sat.*, II, 8. 19.

2. Como los hombres no son capaces de conocer á Dios, al pretender adivinarle piensan realmente en sí mismos creyendo pensar en él, y se lo imaginan no como él es, sino como ellos son. SAN AGUSTIN, *de Civit. Dei*, XII, 15.

demasiado alejada y demasiado soberana para consentir que nuestras conclusiones puedan sujetarla y contraerla. Somos incapaces de llegar á ella con el concurso de nuestras exiguas fuerzas; nuestro camino es demasiado rastreiro; lo mismo está el hombre cerca del cielo en lo alto del monte Cenís que en lo más hondo del mar. Consultad con vuestro astrolabio si de ello queréis convenceros. Los filósofos paganos hacen figurar á Dios hasta en el contacto carnal de las mujeres, cuántas veces y en cuántas generaciones: Paulina, mujer de Saturnino, rica matrona romana, creyendo pernoctar con el dios Serapis se encontró entre los brazos de un amante por el alcahuetismo de los sacerdotes de aquel templo. Varrón, el autor latino más sutil y sabio, escribe en sus libros de teología que el sacristán del templo de Hércules jugó con éste dios una cena y una muchacha; en caso de que ganara, se descontarían los gastos de las ofrendas del templo, y si perdía sufragaría las costas; el sacristán perdió y pagó su cena y á la muchacha. Ésta se llamaba Laurentina, y vió por la noche el Dios entre sus brazos, el cual la dijo que el primero con quien al día siguiente tropezara la pagaría espléndidamente su salario; y en efecto encontróse con Tarancio, joven rico, que la llevó á su casa y andando el tiempo la hizo heredera. La muchacha á su vez, creyendo ser grata á Hércules, dejó todos los bienes al pueblo romano, por lo cual tributáronsele honores divinos. Como si no bastara que por el lado paternal y por el maternal Platón fuera originalmente descendiente de los dioses, ni tampoco el tener á Neptuno por fundador de su raza, considerábase en Atenas como cosa cierta que Avistón, habiendo querido gozar de la hermosa Perictione y no acertando á realizar sus deseos, fué advertido en sueños por Apolo de que la dejara intacta hasta que hubiera dado á luz. Teníase por asegurado que los padres de Platón fueron Apolo y Perictione. En las historias se encuentran numerosos ejemplos de cornamentos análogos, procurados por los dioses á los pobres humanos, y de maridos desacreditados en favor del rango de sus hijos. En la religión de Mahoma vense por la creencia de los pueblos fieles al profeta gran número de Merlines¹, ó lo que ellos mismo, hijos sin padre, absolutamente espirituales, engendrados con el auxilio de la divinidad en el vientre de las doncellas, los cuales llevan un nombre que tiene en la lengua árabe esa significación.

Precisa notar que en cada cosa nada hay más elevado ni más estimable que el propio ser de la misma; el león, el águila, el delfín, nada conciben que aventaje á su especie; todos ponen en parangón sus propias cualidades con las demás cosas existentes; las cuales podemos estrechar ó

1. Del encantador Merlin, cuyo padre, según la leyenda, fué un espíritu.

ensanchar, y es todo cuanto pende de nuestra mano, pues fuera de aquella relación y de este principio, nuestra imaginación no puede llegar; nada puede adivinar, la es imposible de todo punto ir más allá. Nacen de aquí estos antiguos principios: «De todas las formas de la naturaleza es el hombre la más hermosa, por consiguiente Dios está incluido en ella. Nadie sin virtud puede ser dichoso; tampoco la virtud puede existir independientemente de la razón, ni ésta puede residir en otro ser que no sea el hombre.» Dios por consiguiente reviste figura humana: *Ita est in formatum et anticipatumque mentibus nostris, ut homini, quum de Deo cogitet, forma occurrat humana*¹. Por eso, decía con gracia Jenófanes, que si como es verosímil, los animales se forjan sus dioses correspondientes, idearíanlos parecidos á ellos y se glorificarán como nosotros; ¿qué razón hay para que un ansarón no sostenga el razonamiento siguiente: «Todas las partes del universo tienen relación con mi individuo; la tierra me sirve de apoyo, el sol me alumbrá, las estrellas ejercen influencia sobre mí; los vientos y los mares me procuran bienestar y comodidades; ningún otro animal se ve más favorecido que yo bajo la bóveda celeste, yo soy el niño mimado de la naturaleza? ¿No es el hombre quien me acaricia, me sirve y procura vivienda? En beneficio mío siembra y recolecta; si le sirvo de alimento, también devora el hombre á sus semejantes, y también yo me nutro de los gusanos que le matan y le roen.» Así hablará la grulla², y todavía con más altivez que el hombre, por la libertad que su vuelo le procura, merced al cual goza del privilegio de cernerse en las regiones más altas: *Tam blanda conciliatrix, et tam sui est lena ipsa natura*³! Así pues, colocándose el hombre en esa textura concluye que para él son los destinos, para él solo el universo mundo; el sol alumbrá y la tormenta estalla para nosotros; el Criador y las criaturas, todos es para nosotros: es la conclusión y fin adonde se dirige la universalidad de las cosas. Considerad lo que la filosofía registró hace ya más de dos mil años sobre las cosas celestiales: según aquélla los dioses no obraron ni hablaron sino en beneficio del hombre, ni les atribuye distinto oficio ni misión. Vedlos aquí que contra nosotros vienen á las manos:

Domitusque Herculea manu
Telluris juvenes, unde periculum

1. La inteligencia del hombre está conformada de tal suerte, sujeta á tales prejuicios, que, fatalmente tiene que representarse á Dios en forma humana. CICERÓN, *de Nat. deor.*, I, 27.

2. Montaigne sienta aquí principios contrarios á los del autor cuya apología escribe. En muchas páginas de este capítulo parece refutar más bien que defender los argumentos de Raimundo Sabunde.

3. ¿De tal suerte es la naturaleza, hábil, conciliadora y amante de la paz entre los hombres! CICERÓN, *de Nat. deor.*, I, 27.

Fulgens contremuit domus
Saturni veteris ¹.

Consideradlos participando en nuestros desórdenes, correspondiendo así á las muchas veces que nosotros hemos tomado parte en los suyos :

Neptunus muros, magnoque emota tridenti
Fundamenta quatit, totamque a sedibus urbem
Eruit : hic Juno Scæas sævissima portas
Primat tenet ².

Por el celo que los caunianos ponen en la dominación de sus dioses peculiares échanse el arma á la espalda el día que los festejan y sacuden el aire con sus espadas, arrojando y expulsando así de su territorio á los dioses extraños. El poder de los mismos lo acomodamos á nuestras necesidades : curan unos los caballos; otros los hombres; quién las epidemias, la tña, la tos; quién una clase de sarna, quién otra : *adeo minimis etiam rebus prava religio inserit deos* ³; quién es causa de que prosperen las vides, quién los ajos; los unos tienen á su cargo el gobierno de la lujuria, los otros el comercio; cada clase de trabajadores tiene su dios correspondiente; los unos poseen sus partidarios en oriente, los otros en occidente :

Hic illius arma,
O sancte Apollo, qui umbilicum certum terrarum obtines ⁴.
Pallada Cecropidae, Minoia Creta Dianam,
Vulcanum tellus Hypsipylea colit,
Junonem Sparte, Pelopeiadesque Mycenæ;
Pinigerum Fauni Mænalis ora caput;
Mars Latio venerandus erat ⁵.

hay quien no posee más que un lugar pequeño ó una familia; otro vive solo, otro acompañado voluntaria ó inevitablemente,

Junctaque sunt magno templa nepotis avo ⁶;

los hay tan raquíticos ó insignificantes, pues el número de ellos asciende á treinta y seis mil ⁸, que precisa reunir cin-

1. El palacio del viejo Saturno retemblo con gran estrépito y los hijos de la tierra fueron dominados por el poderoso brazo de Hércules. HORACIO, *Od.*, II, 12, 6.

2. Neptuno, armado de su tridente formidable, echa abajo los muros de Troya y arrasa la ciudad hasta los cimientos; en tanto la implacable Juno se apodera de las puertas Scæas. VIRGILIO, *Eneida*, II, 610.

3. Hasta tal punto se complace la superstición en mezclar la divinidad en las cosas más insignificantes. TITO LIVIO, XXVII, 23.

4. Allí se veían las armas y el carro de Juno. VIRGILIO, *Eneida*, I, 46.

5. Venerable Apolo, que habitas el centro del mundo. CICERÓN, *de Divin.*, II, 56.
6. Atenas, la ciudad de Cecrops, venera á Palas; á Diana, la isla de Minos; á Vulcano, el país de Lemnos; Esparta y Micenas de Pelops, á Juno; Menala á Pan, y el Lacio á Marte. OVIDIO, *Fastos*, III, 81.

7. Unidos están el empleo del nieto y el de su ilustre abuelo. OVIDIO, *Ibid.*, I, 294.

8. HESÍODO, *Opera et Dies*; pero este autor no cuenta sino treinta mil, por lo

co ó seis para producir una espiga de trigo; cada uno lleva su nombre del lugar donde se encuentra; tres en una puerta: el del frente, el de los goznes y el del dintel; cuatro á una criatura, protectores de sus envolturas, de lo que come, de lo que bebe y de lo que mama. Algunos gozan de una existencia real; la de otros es incierta y dudosa; otros hay que todavía no pudieron entrar en el paraíso :

Quos, quoniam cæli nondum dignamur honore,
Quas dedimus certe terras habitare sinamus ¹ :

ejercen algunos profesiones diversas : físicas, poéticas ó civiles; otros hay que participan de la divinidad y de la humana naturaleza, mediadores entre Dios y las criaturas, que reciben una adoración de segundo orden; son infinitos en oficios y títulos; los unos buenos, malos los otros, los hay viejos y derrengados, y hasta mortales, pues según Crisipo, cuando el día sea llegado de la última conflagración del mundo, todos los dioses perecerán á excepción de Júpiter. Forma el hombre mil comunicaciones ridículas entre el Criador y él, y no es peregrino que así acontezca teniéndose como se tiene por compañero suyo :

Jovis incunabula Creten ².

He aquí la razón que nos dan en este punto Scévola ³, pontífice máximo, y Varrón, teólogo eminente, en sus respectivas épocas : « Es necesario, dicen, que el pueblo ignore muchas cosas verdaderas y crea muchas otras que son erróneas » : *Quum veritatem, qua liberetur, inquirat credatur ei expedit, quod fallitur* ⁴. La vista humana no puede advertir las cosas sino bajo las formas que nos son habituales. ¿No os acordáis del salto que dió el pobre Faetón por haber pretendido manejar las riendas de los caballos de su padre con sus mortales manos? Nuestro espíritu experimenta por su temeridad suerte idéntica. Si preguntáis á la filosofía la materia de que están formados el cielo y el sol, ¿que os responderá si no dice que de hierro, ó con Anaxágoras de piedra, ó de otra substancia que nos sea familiar? ¿Se pregunta á Zenón qué cosa es naturaleza? « Un fuego, dice, que merced á cier-

qual Máximo de Tyro observa que aminó el número de los dioses, en atención á que existe una multitud innumerable. (Dert. I). (N.)

1. Puesto que no los juzgamos dignos de habitar en nuestra celestial morada, permitámosles al menos vivir en las tierras que les concedimos. OVIDIO, *Metam.*, 194.

2. La isla de Creta, cuna de Júpiter. OVIDIO, *Metam.*, VIII, 33.

3. Montesquieu (*Política de los romanos en materia de religión*), cita la opinión de Scévola casi en los mismos términos que Montaigne, y añade luego : « San Agustín dice que Varrón infirió de aquí los secretos todos de la política y de los ministros del Estado. » (J. V. L.)

4. Puesto que el hombre busca la verdad con el exclusivo fin de sacudir el yugo, preferible es que no salga del error. SAN AGUSTÍN, *de Civit. Dei*, IV, 31.

to artificio engendra metódicamente.» Arquímedes, maestro en la ciencia que se atribuye la prioridad sobre todas las demás en verdad y certeza, contestará: «El sol es un dios de hierro inflamado.» ¡Gallarda idea fruto de la belleza é inevitable necesidad de las geométricas demostraciones! No tan útiles sin embargo ni tan evidentes, puesto que Sócrates entendía que bastaba en punto á conocimientos geométricos con saber medir la tierra que hollamos bajo nuestras plantas; y que Polieno, que fué en esa ciencia doctor famoso é ilustre, no la desdenara al fin, como falsa y de apariencia vana, luego que hubo gustado los dulces frutos de los sosegados jardines de Epicuro. Sócrates en Jenofonte, á propósito de Anaxágoras, á quien la antigüedad tuvo por más competente que ningún otro filósofo en las cosas celestes y divinas, dice que vió su cerebro perturbado, como acontece á todos los hombres que persiguen de una manera inmoderada los conocimientos que no están á sus alcances. Decía que el sol era una piedra candente, sin reparar en que la piedra no brilla cuando está en el fuego, ni fijarse en que dentro de él se consume, como tampoco en que el fuego no ennegrece á los que están frente á él, ni en que nos es posible mirarle fijamente, ni en que el fuego mata las hierbas y las plantas. Al entender de Sócrates, y también al mio, el mejor juicio en punto á las cosas ultraterrenas es abstenerse en absoluto de formar ninguno. Platón, hablando de los demonios en su diálogo *Timeo*, exprésase en los siguientes términos: «Empresa es ésta que sobrepasa nuestras luces naturales; preciso es en este punto creer á los antiguos que se dijeron por ellos engendrados; es ir contra la razón el negar la fe á los hijos de los dioses, aunque lo que digan no esté probado por razones ineludibles ni verosímiles, puesto que están seguros de hablarnos de cosas que les son familiares y habituales.»

Veamos ahora si conocemos con alguna mayor claridad las cosas humanas y naturales. ¿No es empresa ridícula que para explicar aquellas á que por confesión propia no podemos llegar andemos forjando concepciones falsas, hijas de nuestra invención, como sucede cuando tratamos de explicarnos el movimiento de los planetas que, como no podemos comprender, porque nuestro espíritu no es siquiera capaz de penetrar la naturaleza de sus funciones, le apliquemos toda suerte de resortes materiales, pesados y puramente terrenales?

Temo aureus, aurea summæ
Curvatura rotæ, radiorum argenteus ordo¹:

supondréis acaso, como Platón, que fueron cocheros, carpinteros y pintores los que instalaron allá arriba máquinas

1. El timón de oro, el anillo de las ruedas de oro también, y los radios de plata. *Metam.*, II, 107.

de movimientos diversos, dispusieron los engranajes y el concierto de los cuerpos celestes, de colores múltiples, al rededor del huso de la necesidad:

Mundus domus est maxima rerum,
Quam quinque altitonæ fragmine zonæ
Cingunt, per quam limbus pictus bis sex signis
Stellimicantibus, altus in obliquo æthere, lunæ
Bigas acceptat¹:

todas esas ideas son sueños y fanáticas locuras. ¿Por qué la naturaleza no ha de abrirnos un día su seno para que viéramos al descubierto su mecanismo preparandó para ello nuestros ojos? ¡Oh gran Dios! ¡cuántos abusos, cuántos errores hallaríamos en nuestra ciencia raquítica! Mucho me engaño si guarda ni siquiera una sola cosa al tenor de nuestras ideas; yo dejaré este mundo más desconocedor de mi ignorancia, que de todo los demás que en él se encuentra.

¿Es en Platón donde he visto esta divina frase, «que la naturaleza es una poesía enigmática²»? como quien dice una pintura velada, rodeada de tinieblas, entreluciente de una variedad infinita de claridades aparentes, en vista de las cuales nuestras conjeturas se fundamentan: *Latent ista omnia crassis occultata et circumfusa tenebris; ut nulla acies humani ingenii tanta sit, quæ penetrare in cælum, terram intrare possit*³. Y en verdad la filosofía no es otra cosa que una poesía sofisticada. ¿De donde sacan los escritores antiguos sino de los poetas todos los principios que sientan? Los primeros filósofos fueron poetas y como tales trataron su ciencia. Platón no es más que un poeta descosido; Timón le llama, para injuriarle, gran forjador de milagros. Todas las ciencias supraterranas se revisten de estilo poético. De la propia suerte que las mujeres echan mano de dientes de marfil cuando los naturales les faltan, y en lugar del color natural ostentan otro valiéndose de cualquier substancia adecuada; como se procuran muslos artificiales con trapos y filtros, y pechos con algodón, y á los ojos de todos se embellecen de una manera falsa y prestada, así hace la ciencia (y en nuestras leyes mismas hay, al decir de algunos, ficciones necesarias en las cuales se fundamenta la legitimidad de la justicia); aquélla nos procura en pago y en presuposición las ideas que nos muestra haber sido inven-

1. El mundo es una mansión inmensa ceñida de cinco zonas y cruzada oblicuamente por una franja guarnecida de doce radiantes constelaciones, en la que figura también el carro de la luna. VARRÓN.

2. Montaigne ha interpretado mal el sentido de Platón, el cual escribió: « Toda poesía es por naturaleza enigmática. »

3. Todas estas cosas están ocultas, rodeadas de tinieblas densas; para que la penetración del hombre, por muy profunda que sea, no alcance á descubrir los misterios del cielo ni los de la tierra. CICERÓN, *Acad.*, II, 33.

tadas, pues esos epiciclos excéntricos y concéntricos de que la astronomía se ayuda para explicarnos el movimiento de las estrellas, suministranoslos como lo mejor que haya podido encontrar en aquel punto. Igualmente la filosofía nos muestra no lo que realmente es, no la realidad pura, ó lo que tal ciencia cree que sea la verdad, sino lo que forjar puede más verosímil y grato. Hablando Platón de las funciones de nuestro cuerpo y de las que son peculiares al de los animales, concluye así: «Que todo cuanto dejamos dicho sea la verdad, no podemos asegurarlo; certificáramoslo si pudiéramos disponer de la confirmación de algún oráculo; sostenemos solamente que es lo más verosímil que hayamos acertado á decir.»

No sólo para explicar los fenómenos celestes echa mano la ciencia de sus cuerdas, sus máquinas y sus ruedas; consideremos ahora aunque sea ligeramente lo que dice de nosotros mismos y de nuestra contextura. No hay retrogradación, trepidación, accesión, retroceso, en los astros y cuerpos celestes que la filosofía no haya forjado también en este humano cuerpecillo, por lo cual no anduvieron desacertados los filósofos en llamar al hombre mundo pequeño; de mecanismo tan complicado le supusieron. Para explicar los diversos movimientos que ven en el hombre, las distintas funciones y facultades que sentimos en nosotros, ¿en cuántas partes no dividieron nuestra alma? ¿En cuántos lugares no la colocaron? ¿En cuántos órdenes y categorías no dividieron la pobre criatura humana llevándola siempre más allá de los que son naturales y perceptibles? ¿Cuántos oficios no la atribuyen? Convierten al hombre en una república imaginaria; es para ellos un asunto del que se apoderan y manejan á su antojo, y se les deja en libertad absoluta de descomponerlo, arreglarlo, unirlo y ataviarlo, cada cual conforme á su albedrío, mas á pesar de todo jamás acaban de comprenderlo. Y no ya sólo cuando ejercitamos nuestras facultades y sentidos, ni aun en sueños son capaces los filósofos por medio de sus sistemas de explicar al hombre sin que haya alguna cadencia ó algún sonido que no les escape, por complicados que aquéllos sean, estando formados como lo están de mil piezas imaginarias y falsas. Lo cual, razonablemente procediendo, no puede excusárseles, pues á los pintores, cuando nos representan el cielo, la tierra, los mares, las montañas, las islas lejanas, perdonámosles que nos muestren sólo alguna ligera huella, y como de cosas ignoradas contentámonos con tal cual aire ó semejanza; mas cuando retratan el natural un asunto que nos es conocido y familiar, exigimos de ellos la exacta y perfecta representación de las líneas y colores y los desdenamos cuando á ello no alcanzan. Me complace la idea de la joven milesiana que viendo constantemente al filósofo Thales con los ojos cla-

vados en el firmamento colocó á su paso un objeto para hacerle tropezar y recordarle que tendría lugar de contemplar las estrellas cuando hubiera previsto las cosas que estaban á sus pies. Aconsejábale con ello la muchacha que se examinara á sí mismo antes de inspeccionar el cielo, pues como por boca de Cicerón dice Demócrito:

Quod est ante pedes, nemo spectat: cœli scrutantur plagas *.

Mas á nuestra condición es inherente que las cosas que tenemos entre manos se muestren tan lejanas de nosotros, tan por cima de las nubes como los mismos astros, como declara Sócrates en Platón. Aquél afirma que quien en la filosofía se ocupa incurre en el error mismo que la doncella censuraba á Thales, esto es, que nada ve de lo que está ante sus ojos, pues todo filósofo ignora lo que hace su vecino y lo que él mismo ejecuta, y desconoce igualmente lo que son uno y otro, si hombres ó animales.

Los filósofos que encuentran poco sólidas las razones de Sabunde, que nada ignoran, que todo se lo explican, que todo lo saben,

Quæ mare compescant causæ; quid temperet annus;
Stellæ sponte sua, jussæve, vagentur et errent;
Quid premat obscurum lunæ, quid proferat orbem;
Quid velit et possit rerum concordia discors **.

¿no sondearon alguna vez entre sus libros las dificultades que se presentan para conocer el propio ser de cada uno? Claramente vemos que los dedos se mueven, y los pies, y que algunas partes se agitan por sí mismas sin nuestro consentimiento y otras con él; vemos igualmente que ciertas emociones nos hacen enrojecer, y que otras nos hacen palidecer; que tal idea obra solamente sobre el bazo y que tal otra llega al cerebro; una nos mueve á risa, otra al llanto; tal otra avasalla y conmueve todos nuestros sentidos y detiene el movimiento de nuestros miembros; ante tal objeto el estómago se revuelve; ante tal otro algo, que está más abajo; pero de qué suerte una impresión espiritual se insinúe en un objeto corporal y sólido³, y la naturaleza de la unión y juntura de tan admirables

1. Por observar las cosas del cielo hay quien no ve las que tiene delante de los pies. DEMÓCRITO.

2. ¿Cuáles son las causas de que el mar no rebase sus límites? ¿Cuáles las de la sucesión de las estaciones? ¿Cambian de posición las estrellas por movimientos espontáneos, ó obedeciendo á una fuerza superior? ¿Cómo se explica que la luna pierda su luz y que luego se vuelva á iluminar su disco? ¿Cómo la discordia busca y establece la armonía del universo? HORACIO, *Epist.*, I, 12, 16.

3. ¿Quién dejaría de creer, al vernos componer todas las cosas de espíritu y cuerpo, que esta unión no nos fuera cabalmente comprensible? Sin embargo es la cosa que se comprende menos. El hombre es para sí mismo el objeto más prodigioso de la naturaleza, pues no puede concebir lo que sea espíritu, y menos que ninguna cosa cómo un cuerpo puede estar unido con un espíritu. PASCAL.

resortes, jamás hombre alguno lo ha sabido; *Omnia incerta ratione, et in naturæ majestate abdita*¹, dice Plinio, y san Agustín, *Modus, quo corporibus adhærent spiritus...*, *omnino mirus est, nec comprehendi ab homine potest: et hoc ipse homo est*²; y sin embargo nadie pone en duda la unión del alma y del cuerpo, pues las opiniones de los hombres son aceptadas en virtud de antiguas creencias, merced á la autoridad y de una manera gratuita, cual si de religión ó leyes se tratara. Recíbese de buen grado lo que comunmente se cree, y la verdad antedicha acompañada de todo el aparato de argumentos y pruebas, como un sistema de doctrina firme y sólido ya incapaz de alteración, sobre el cual no se vuelve á insistir. Cada cual, rivalizando, va solidificando y fortaleciendo la creencia recibida con todo aquello que su razón alcanza, la cual es un instrumento flexible, maleable y acomodaticio á toda forma; así el mundo se llena de mentiras é insulseces.

La causa de que dudemos de pocas cosas es que jamás se sometan á prueba las impresiones comunes; jamás se pone la mano allí donde residen la debilidad y el error; andamos siempre por las ramas; no se pregunta si un principio es cierto, sino si se ha dicho de este ó del otro modo; no se pregunta si Galeno dijo algo que valiera la pena, sino si dijo así ó de otro modo. No es por consiguiente peregrino que tal sujeción en la libertad de nuestros juicios, y tiranía semejante de nuestras creencias haya llegado á las escuelas y á las artes. El dios de la ciencia escolástica es Aristóteles; discutir sus principios es cosa sagrada, como lo era el controvertir sobre los de Licurgo en Esparta; la doctrina de aquél, que nos sirve de ley y nos gobierna, acaso sea tan falsa y tan desprovista de fundamento como cualquiera otra. Yo no sé por qué razón no habian de aceptarse lo mismo las ideas de Platón, ó el sistema de los átomos de Epicuro, ó el lleno y el vacío de Leucipo y Demócrito, ó el agua de Thales, ó la infinitud de naturaleza de Anaximánder, ó el aire de Diógenes, ó los números y la simetría de Pitágoras, ó el infinito de Parménides, ó el uno de Museo, ó el agua y el fuego de Apolodoro, ó las partes similares de Anaxágoras, la unión y discordia de Empédocles, el fuego de Heráclito ó cualquiera otra opinión entre esa confusión infinita de pareceres y sentencias que engendra esta hermosa razón humana, gracias á su certeza y clarividencia en todo cuanto se entremete. En este punto del principio de las cosas naturales no sé por qué, lo mismo que las de Aristóteles, no habría yo de acoger cualesquiera de las que prac-

1. Todo esto es obscuro para nuestra razón, todo permanece envuelto en la majestad de la naturaleza. PLINIO, II, 37.

2. El modo como el espíritu se enlaza con el cuerpo es profundamente admirable é incomprensible para el hombre; y ese enlace es el hombre mismo. SAN AGUSTÍN, de *Civit. Dei*, XXI, 10.

ticaron los filósofos citados; los principios del nuestro son de tres especies, que llamó materia, forma y privación. ¿Hay algo más vano que hacer de la nada misma causa de la producción de todas las cosas? ¿La privación, no es idea negativa? ¿En qué se fundamentó, por tanto, para hacer de ella principio y origen de todas las cosas existentes? Sin embargo, las verdades de Aristóteles nadie osará tocarlas si no es como asunto de ejercicio lógico; nadie las discutiría ni las pondrá en tela de juicio, sólo se controvertirán para ponerlas á cubierto de objeciones extrañas; la autoridad de las mismas es el fin; una vez franqueado éste, ya no es lícito investigar nada.

Es cosa sencillísima edificar cuanto se quiere sobre una base convenida, pues según la ley y disposición de los principios, el resto del edificio se levanta fácilmente sin incurrir en contradicción alguna. Por tal camino hallamos en nuestra razón fundamentos sobrados y discurrimos sin meternos en honduras, pues el maestro gana de antemano tanto lugar en nuestro crédito como le precisa para probar lo que quiere, como los geómetras con sus hipótesis admitidas; el consentimiento y aprobación que le prestamos, le sirve para llevar nuestra convicción adonde se le antoja, lo mismo á uno que á otro lado, y para hacernos piruetear á medida de su capricho. Quien es creído en aquello que presupone, es nuestro amo y nuestro dios; preparará el plan conforme á los fundamentos que sienta con amplitud y facilidad tales, que auxiliado por ellos podrá elevarnos hasta las nubes si se le ocurre. En esta manera de comunicar la ciencia hemos tomado como moneda corriente la frase de Pitágoras de que cada maestro debe ser creído en la ciencia ó el arte que profesa; el dialéctico se remite al gramático para demostrar lo que las palabras significan; el retórico toma del dialéctico los motivos de sus argumentos; el poeta se sirve de las cadencias del músico; el geómetra, de las proporciones del aritmético; los metafísicos emplean como fundamento de sus principios las conjeturas de la física, porque cada ciencia tiene sus principios presupuestos, con lo cual la razón humana está embridada por los cuatro costados. Y si se llega á chocar contra la barrera en que yace el error principal, al momento tienen en la boca esta sentencia: «No se debe discutir con los que niegan los primeros principios.» Mas como los hombres no pueden tenerlos si la divinidad no se los ha revelado, todo lo demás, el principio, medio y fin no es más que sueño y humo. A los que combaten por presuposición les es necesario presuponer el mismo axioma de que se debate, pues todo principio humano, todo enunciado tiene tanta autoridad como el que se trata de echar por tierra, si la razón no establece la diferencia entre ambos; así que, es indispensable colocarlos todos en la balanza, y en primer término los genera-

les, los que nos sujetan y tiranizan. La persuasión de la certeza es testimonio de locura é incertidumbre extremas; no hay gentes más desquiciadas ni menos filosóficas que los filodoxos ¹ de Platón: según estos es necesario saber si el fuego es caliente, si la nieve es blanca; si hay algo de sólido ó de blando en nuestro conocimiento.

En cuanto á las respuestas que forman el asunto de antiguas anécdotas, como la que se dió al que ponía en duda la existencia del calor, á quien se respondió que se arrojara al fuego; y al que negaba la frialdad del hielo, que se metiera un pedazo en el pecho, ambas son indignas de los oficios de la filosofía. Si los filósofos nos hubieran dejado en el estado de naturaleza, de manera que acogiéramos los fenómenos exteriores según influyen en nosotros por la mediación de nuestros sentidos, de suerte que los actos del hombre obedecieran á deseos sencillos y ordenados con arreglo á la condición primera de nuestro nacimiento, tendrían razón en dar aquellas contestaciones; mas de ellos aprendimos á convertirnos en jueces del mundo; ellos fueron quienes nos inculcaron la idea de que «la razón humana debe juzgar todo cuanto existe dentro y fuera de la bóveda celeste; la que todo lo abarca y lo puede todo, por el intermedio de la cual todo se sabe y conoce». Aquellas respuestas estarían muy en su lugar entre los canibales, quienes gozan la dicha de una larga vida sosegada y tranquila sin el auxilio de los preceptos de Aristóteles; que ni siquiera conocen el nombre de la física; sería mejor aplicada y tendría fundamento mayor que cuantas les sugirió su razón é invención; de experimentarla serían capaces al par que nosotros todos los animales, todos los seres que obran todavía á impulso de la pura y simple ley natural, á la cual renunció la filosofía. No basta que ésta me diga: «Tal cosa es verdadera ó cierta porque así la experimentas y así la ves;» es necesario que me prueben si lo que yo creo sentir siéntolo en realidad, y por qué y cómo lo siento; que me demuestren el nombre, origen, fundamentos y fines del calor y del frío; las cualidades del agente y del paciente, ó que me despojen de sus tan decantadas doctrinas, que consisten en no admitir ni aprobar nada sin el concurso de la razón, que es la piedra de toque en sus disquisiciones todas, llena evidentemente de falsedad y error, de debilidad y flaqueza.

¿Por qué medio podremos aquilatarla mejor que por ella misma? Si no tenemos motivos suficientes para creerla cuando de sí misma habla, apenas si será adecuada para juzgar de las cosas que le son ajenas; si algo existe en cuyo conocimiento sea fuerte, será al menos su propio ser y

¹ Gentes que almacenan en su espíritu opiniones cuyo fundamento desconocen; que se obstinan en las palabras y no gustan ni ven sino las apariencias de las cosas. Así los define Platón, que los ha caracterizado muy detenidamente al fin del libro IV de la República.

el lugar donde reside, que es el alma, de la que es efecto ó parte constitutiva; pues la razón verdadera y esencial, que bautizamos con falsos nombres, tiene su asiento en el seno de Dios; allí están su vivienda y su retiro; de allí emana cuando á Dios le place mostrarnos algunos de sus rayos, como Palas surgió de la cabeza de su padre para hacerse visible al mundo.

Veamos, pues, lo que la razón humana nos ha enseñado de sí misma y del alma; no del alma en general, de la cual casi toda la filosofía hace derivar los cuerpos celestes y los primeros cuerpos participantes; ni de aquella que Thales atribuye á las cosas mismas que se consideran como inanimadas, movido por la contemplación del imán, sino de la que nos pertenece, y por consiguiente debemos conocer mejor:

Ignoratur enim, quæ sit natura anima;
Nata sit; an, contra, nascentibus insinuetur;
Et simul intereat nobiscum morte dirempta;
An tenebras Orci visat, vastasque lacunas,
An pecudes alias divinitus insinnet se ¹.

Crates y Dicearco afirmaban que no existía, y que los movimientos y los actos corporales obedecían á un movimiento natural; Platón aseguraba que era una substancia dotada de movimiento propio; Thales, una naturaleza sin reposo; Asclepiades, la ejercitación de los sentidos; Hesiodo y Anaximánder, una substancia compuesta de tierra y agua; Parménides, de tierra y fuego; Empédocles, de sangre:

Sanguineam vomit ille animam ².

Para Cleanto, Posidonio y Galeno era el alma un calor, ó una substancia de complexión calurosa:

Igneus est ollis vigor, et cœlestis origo ³;

para Hipócrates, un espíritu extendido por todo el cuerpo; para Varrón, un aire que se recibe por la boca, se calienta en el pulmón, se templá en el corazón y se distribuye por todo el cuerpo; para Zenón, la quinta esencia de los cuatro elementos; según Heráclido Póntico, el alma era la luz; según Jenócrates y los egipcios, un número movable; según los caldeos, una virtud sin forma determinada:

Habitu quemdam vitalem corporis esse,
Harmoniam Græci quam dicunt ⁴:

¹ Ignoramos qué cosa sea nuestra alma; si nace por sí misma, ó si por el contrario, comienza á existir en el momento en que nosotros nacemos; si se disuelve y perece cuando morimos; si penetra en las vastas lagunas del Orco tenebroso, ó si es destinada por los dioses á tomar cuerpo en otros animales. LUCRECIO, I, 113.

² Él vomitó su alma sanguínea. VIRGILIO, Eneida, IV, 349.

³ Su energía es como la del fuego, y su origen celestial. VIRGILIO, Eneida, VI, 73.

⁴ Cierta forma habitual de la vida corpórea, ó sea lo que los griegos llaman armonía. LUCRECIO, III, 100.